CONSEJO NACIONAL DE MENORES
COLECCION: EL NIÑO EN EL PERU

VOLUMEN Nº 3

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE

EL NIÑO INDIO ACTUAL

Y LOS FACTORES QUE MODELAN SU CONDUCTA

JOSE MARIA ARGUEDAS







EDITADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE MENORES
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

"EL NIÑO EN EL PERU"

VOLUMEN N° 3

Algunas observaciones sobre

EL NIÑO INDIO ACTUAL

y los factores que modelan su conducta

josé maría arguedas

CONSEJO NACIONAL DE MENORES
LIMA PERU
1966

P R E S E N T A C I O N

Continuando la serie de obras que bajo el rubro de "El Niño en el Perú" está editando el Consejo Nacional de Menores, me corresponde presentar este estudio "*Algunas observaciones sobre el niño indio actual y los factores que modelan su conducta*", cuyo autor es el prestigioso escritor Dr. José María Arguedas.

Arguedas (así sencillamente se le conoce en las páginas de la Literatura Peruana) es de los pocos hombres de letras que no necesitan presentación. Su obra (Agua, Yawar Fiesta, Los ríos profundos. etc. etc.) y su prestigio han ido más allá de los linderos nacionales. De ahí la ansiedad creciente en los círculos intelectuales por ver publicados sus estudios "Evolución de las Comunidades", "Puquio, una comunidad en proceso de cambio" y "Cuentos mágicos y religiosos", obras anunciadas hace algún tiempo.

Con el ensayo que ahora publica el Consejo Nacional de Menores trata de un

tema que se encontraba hasta este momento inédito: el niño indio actual. Nadie se atrevía a expresarnos qué siente y qué piensa ese niño peruano que sólo habla el quechua, que a veces va a la escuela y a quien más tarde se le va a imponer una cultura diferente a su ser social.

Y Arguedas lo hace con la autoridad de quien en San Juan de Lucanas, Puquio, Abancay y Huancayo ha tenido la oportunidad -y también la suerte!- de sentarse en la misma carpeta con muchos niños indios, de jugar con ellos, de participar activamente en ese mundo singular y mágico que pertenece a la infancia.

Estas páginas -por innumerables razones- van a necesitar ser leídas muchas veces. Tal vez han sido escritas para eso. La reflexión -profunda, sincera y hasta valiente- tiene que ser la respuesta al mensaje de tan prestigioso escritor. Reflexión que debe terminar en toma de conciencia. En acción reverente hacia ese olvidado "niño indio" y propósito de enmienda para no olvidarlo más.

Elsa Salazar Villar
Miembro del Consejo Nacional
de Menores

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL NIÑO INDIO ACTUAL Y LOS FACTORES QUE MODELAN SU CONDUCTA

Por José María Arguedas

La población de habla monolingüe indígena está siendo conmovida por la influencia de los contactos cada vez más directos y penetrantes de las ciudades que fueron centros de conservación y difusión de la cultura criolla y que, a su vez, se modernizan constantemente por un tipo de contacto igualmente dinámico con la civilización industrial europea y norteamericana.

El régimen colonial impuso, al mismo tiempo, el aislamiento de la población criolla respecto de los países que evolucionaban rápidamente hacia un tipo de sociedad basado en la producción industrial, y el de la población indígena respecto de la criolla. España quedó rezagada en Europa y las colonias españolas más rezagadas aún. Por otra parte, en la sierra, la propia casta dominante careció de medios- aún más que la de la costa- para in-

formarse y asimilar las creaciones del llamado mundo occidental y moderno. A su vez, mantuvo férreamente la barrera que impedía a la población indígena el acceso a los instrumentos que hicieran posible su salida del estado de "inferioridad humana", y no solamente social, en que había sido colocada. Es famosa la afirmación que el "Mercurio Peruano" hace de la condición animal de los indios hacia fines del siglo XVIII.

Los hechos señalados explican por qué la aproximación notable, obtenida mediante las vías de comunicación mecánica, de las poblaciones densamente indígenas con las ciudades en proceso de modernización de la costa y de la sierra, no han hecho sino iniciar la marcha de un movimiento masivo de estas poblaciones hacia la liberación de las condiciones económicas y sociales que los mantuvieron durante siglos en un estado de inferioridad, considerada como de origen "racial".

El medio en el cual el niño indígena crece y se forma ahora, ha cambiado en relación con el que lo rodeaba hace unos treinta o cuarenta años; esos cambios que corresponden a la iniciación del movimiento al que nos referimos en el acápite anterior son, creemos, sumamente importantes. El niño nacido en una comunidad de indios actual, recibe la influencia de algunos factores recién aparecidos en su medio, pero estos son por entero distintos y no la simple modificación lenta y gradual de las

anteriores. En este breve artículo, trataremos de analizar dichos cambios.

Debe entenderse claramente que hemos de ocuparnos del niño nacido y criado en comunidades de indios monolingües quechuas.

LAS CREENCIAS MAGICAS Y RELIGIOSAS.-

Aunque las creencias varían de una región a otra, tales variaciones no son fundamentales sino de detalle. Los indios mayores de cincuenta años consideran a las montañas (Apus y Wamanis , en la región del centro y del sur, Aukish en Huánuco y Ancash) como dioses principales. La montaña es dios porque de ella brota el agua, la Vena que vivifica a la tierra y hace que produzca los alimentos que nutren al ser humano y a todos los seres vivientes que se alimentan unos de otros. Para los indios de Puquio (Ayacucho), dentro de las montañas está el paraíso de los niños que murieron antes de los catorce años. El "encanto" donde residen los niños consiste en jardines de las flores más bellas y en toda clase de golosinas, que están a disposición de las criaturas; también oyen música, cantos de pájaros, vuelo de picaflores brillantes. En cambio,los adultos muertos van a la cima de la montaña Qoropuna y allí se dedican a construir una torre que no concluirá jamás. "Están contentos,, porque trabajan y se alimen

tambien, de mote de maíz blanco" (que es comida selecta). Pero el mote no es realmente de maíz blanco, sino hecho de excremento de llama. El maíz de toda la tierra no alcanzaría para alimentar a tantos muertos.

Para los indios de Canas, dentro de la montaña están los cuatro elementos que dieron origen y representan a cuanto ser vivo existe fuera, en la tierra: el Wahin (huajin) que significa veta y hermano; de esa veta se hicieron los moldes de todos los seres vivos, esos moldes están aún bajo la montaña; el Khuya es otro molde, pero acompañante del ser vivo, acompañante piadoso y lleno de amor por su "doble"; el Khuru (gusano) que es la forma más elemental de la vida y, por último el Inqa, especie de molde arquetipo hacia el cual se dirigen todos los seres vivos, atraídos por su perfección. La montaña es un dios adorado al cual se rinde culto mediante prácticas ceremoniales minuciosamente reglamentadas. Durante la marcación del ganado y la limpieza anual de los acueductos, que se realizan en fechas más o menos fijas, se rinde este culto y se ofrece a las montañas ofrentas cruentas, como en la antiguedad prehispánica.

Los ríos son también dioses. Las grandes montañas tienen relaciones entre sí; se envian obsequios, se consultan acerca del destino que debe señalarse a las personas. En cada comunidad hay hombres que se han especializado en el arte y ciencia que les permite conocer la voluntad de

los dioses montañas y hasta en hablar con ellos. Este poder les da la posibilidad de curar las enfermedades, de adivinar el futuro de la gente, de descubrir las cosas perdidas y, lo que es muy importante, de conocer las reglas de conducta que deben adoptarse para estar bajo la protección de los dioses y no romper la armonía de relación que existe entre las cosas. "A las montañas hay que ofrecerles obsequios grandes, porque tienen mucho poder y quienes tienen tanto poder siempre son bravos, como los hombres que mandan, ya sea por su mucho dinero o por ser del gobierno", afirman los viejos de la comunidad de Puquio.

Así como las montañas y los ríos tienen poder sobre los seres vivos y ellos mismos son seres vivos, todo lo que hay en el mundo está animado a la manera del ser humano. Nada es inerte. Las piedras tienen "encanto", lloran si no pueden desplazarse por las noches, están vinculadas por odios o amores con los insectos que habitan sobre ellas o debajo de ellas o que, simplemente, se posan sobre su superficie. Los árboles y arbustos ríen o se quejan; sufren cuando se les rompe una rama o se les arranca una flor; pero gozan si un picaflor baila sobre una corola. Algunos picaflores pueden volar hasta el sol y volver. Los peces juegan en los remansos. Y todas estas cosas vivas están relacionadas entre sí. Las montañas tienen ciertas zonas especialmen-

te sensibles sobre las cuales el hombre puede reposar pero no quedarse dormido, a riesgo de que la montaña le trasmita alguna dolencia que puede ser mortal.

El niño que nace y crece en un mundo en que la vida humana está relacionada y depende de la vida consciente de las montañas, de las piedras, insectos, ríos, lagos y manantiales, se forma considerando el mundo y su propia existencia de una manera absolutamente diferente que el niño de una ciudad, en que sólo el ser humano está considerado como animado por un espíritu. Cuando yo tenía unos siete años de edad encontré en el camino seco, sobre un cerro, una pequeñísima planta de maíz que había brotado por causa de alguna humedad pasajera o circunstancial del suelo o porque alguien arrojó agua sobre un grano caído por casualidad. La planta estaba casi moribunda. Me arrodillé ante ella; le hablé un buen rato con gran ternura, bajé toda la montaña, unos cuatro kilómetros, y llevé agua en mi sombrero de fieltro desde el río. Llené el pequeño pozo que había construído alrededor de la planta y dancé un rato, de alegría. Ví como el agua se hundía en la tierra y vivificaba a esa tiernísima planta. Me fuí seguro de haber salvado a un amigo, de haber ganado la gratitud de las grandes montañas, del río y los arbustos secos que renacerían en Febrero.

Un pariente mío, en cuya casa habitaba, pe-

ro con cuyos indios de verdad vivía, se mofó de la hazaña cuando se la conté. Yo me quedé estupefacto y herido. Ese hombre, que no parecia sentir respeto por la vida del maíz, podía ser un demonio. Quien ofende al maíz despierta el resentimiento de la madre del maíz, o del trigo, si de éste se trata. Entonces la madre se irá a otros pueblos lejanos y el maíz o el trigo no volverán a germinar en la tierra hasta que la ofensa sea reparada.

¿Subsiste en la actualidad esta concepción de las cosas y de la vida en las comunidades de indios monolingües? No por entero.

En 1953, durante la fiesta de la limpieza de los acueductos en Puquio, observamos cómo un grupo de indios jóvenes escuchaban con expresión irónica no disimulada a los Aukis, sacerdotes de la comunidad, que entonaban himnos de alabanza al dios montaña Pedrorqo. Los Aukis llevaban por insignia una cruz adornada con flores de qantu. Cuando charlamos con estos jóvenes y les preguntamos, con mucho tino y en quechua, por qué no escucharon los himnos con el mismo fervor respetuoso que los otros comuneros, uno de ellos nos dijo: "Ya sabemos que Pedrorqo no es dios sino un monte grande de tierra sorda. No es dios ni es nada. Así como también el dios de la iglesia".

La educación escolar y la experiencia

de las ciudades de Ica, Nazca y Lima han cambiado radicalmente el concepto sobre el mundo y las relaciones sociales entre las generaciones últimas. Estos jóvenes de las comunidades, en que la movilidad especial y la especialización han sido de alto grado, se han vuelto escépticos en cuanto se refiere a las creencias religiosas;se han quedado sin ellas y han sustituído la fe religiosa por otros incentivos de tipo social y político. Los niños, en esta comunidad que era muy tradicionalmente india hasta hace unos treinta años, reciben, ahora, esta doble influencia contradictoria, especialmente cuando han llegado a la edad escolar. Un anciano de Puquio nos expresó su desconcierto y amargura ante la comprobación de que los jóvenes ya no creían en lo que para ellos era lo bueno y lo sagrado. "No nos entendemos con los jóvenes, es como si no hablaran en quechua sino en otra lengua; son soberbios- nos dijo. No nos permiten ya hablar en los cabildos. Ellos quieren imponer su voluntad. Pero, en cambio, son más respetados que nosotros por las autoridades y por los señores "wiraqochas" que antes nos despreciaban más que a los perros".

Por una especial conjunción de factores económicos, geográficos y culturales, los indios poseen aquí tierras suficientes, están favorecidos por comunicaciones modernas con la costa y constituyen una abrumadora mayoría de la población que ha superado su condición de antigua casta considerada inferior. El niño indio de las comunidades como

Puquio, enfrenta influencia radicalmente contradictorias. Los jóvenes le dirán que la montaña es "sólo un monte seco de tierra", los ancianos tratarán de inculcarle la creencia de que es dios y debe ser tratado como tal. No se ha hecho aún ningún estudio sobre este inquietante problema. Pero el psicólogo, el educador y el antropólogo, y cualquier persona que tenga capacidad de discernimiento suficiente, comprenderá cuan "dramática" es la situación de este niño. Está en medio de dos corrientes que tratan de envolverlo por medios igualmente poderosos: la que le muestra el mundo como algo viviente, en el cual el ser humano es sólo un elemento predominante, pero no absolutamente, dominador sino subordinado a la voluntad o fuerza de otros mayores (ríos, montañas, precipicios, ciertos insectos, las plantas alimenticias) y se siente, por tanto, en un universo maravilloso que vibra en toda la naturaleza del ser humano, del mismo modo como el hombre infunde su mirada, su ser en las cosas, hasta formar una parte de cuanto encuentra en el cielo y en la tierra; y la otra corriente, que le induce, muy persuasivamente, a comprender que el mundo es sólo un conjunto de elementos que están regidos por leyes, que son objetos cuya relación entre si y con el hombre pueden ser modificados tanto más cuanto mejor conozca el hombre las leyes que rigen dichos elementos. Que sólo el hombre tiene espíritu; que el río es una masa de agua que se

arrastra por la fuerza de la gravedad, que el hombre es el único ser capaz de razonar y modificar, no sólo a la naturaleza externa, sino su propia naturaleza. Estas convicciones, todavía algo confusas, pero, por lo mismo, más influyentes sobre la conducta que se vuelve agresiva, por vanidad o escepticismo, se proyectan sobre el niño con la misma fuerza, o mayor, que la antigua y perviviente concepción mágica del universo. Deberemos estudiar este fascinante problema humano que en el Perú se muestra con excepcional dramatismo.

EL FACTOR ECONOMICO-SOCIAL .-

La conducta del niño indio está también condicionada por la situación que ocupa en la sociedad y por la clase de trabajo a que se dedican sus padres. Ambos factores, el social y económico, son tan importantes como el que examinamos al tratar sobre la religión.

Durante la colonia, la población del país fue clasificada en castas, es decir, en estratos sociales cerrados y diferenciados por rasgos culturales característicos por signos externos tales como los trajes que, según las castas, eran distintos y por la ocupación que, asimismo, era diferente según se perteneciera a una casta considerada inferior o superior. No se podía ascender de un estrato a otro, considerado superior, salvo casos excepcionalísimos. Los indios ocupaban la casta inferior, los mestizos y los blancos las dos superiores.

res.

A los indios se les hacía trabajar en los obrajes y las minas y estaban, asimismo, obligados a labrar la tierra de los señores (vecinos españoles o criollos). Por otra parte, siguiendo la antigua costumbre establecida durante la colonia, a la manera de las comunidades españolas, los indios realizaban faenas en obras de beneficio público, tales como la construcción de puentes y acueductos, iglesias, reparación de caminos, etc.

Aislados por las diferencias sociales, impuestas a la casta inferior, los indios conservaron casi todas sus viejas costumbres prehispánicas y asimilaron de la cultura española todo cuanto les fue permitido, enriqueciendo con muchos instrumentos sus medios de trabajo y de expresión artística. Dominaron, por ejemplo, el uso del arado; incorporaron a su economía el cultivo de algunas plantas tan ricas como el trigo, las habas y la cebada, a las que rindieron un tipo de culto religioso como al maíz. Aprendieron a tocar algunos instrumentos europeos, más perfectos que los antiguos: el arpa y el violín principalmente.

Pero, el indio no podía aspirar a dejar de ser indio hasta hace solamente unas cuantas décadas. En este sentido, la República no sólo no le ofreció ninguna ventaja, sino que,

al suprimir las leyes que les aseguraban el uso de las tierras comunales que eran inalienables, hizo posible el despojo cruel y en gran escala de sus tierras de cultivo y de pastos.

El niño indio sabía que moriría indio; sabía, desde que alcanzaba el uso de la razón, cuáles serían infaliblemente sus ocupaciones por el resto de la vida. Su porvenir, como el de la casta a la cual pertenecía estaba rígidamente limitado y clausurado. Además, por la misma situación que ocupaba en la sociedad, el niño, como el conjunto de su casta, era víctima del menosprecio y del tratamiento frecuentemente brutal de quienes tenían el poder político y la predominancia social.

La inferioridad en que estaban colocados era relativamente compensada por el especialísimo tipo de libertad de que gozaban, a causa de su aislamiento. Libertad en el sentido de que podían vivir de acuerdo con sus normas tradicionales antiguas. Al colonizador y al hacendado republicano les convenía y conviene que el indio siga manteniendo sus antiguas creencias, que no asimile la técnica y la sabiduría modernas, porque tal asimilación lo liberaría de su condición inferior, que permite utilizarlo como un simple instrumento de trabajo. Este hecho hizo posible la pervivencia casi íntegra del núcleo de la cultura antigua en las comunidades: en ellas la sabiduría antigua es predominante. Las técnicas antiguas han pervivido,

las concepciones antiguas siguen rigiendo la conducta del hombre.

Así, el niño indio juega casi invariablemente a manera de un entrenamiento para realizar bien sus ocupaciones de adulto. Podríamos hablar de un tipo de juego funcional y no de recreación pura. Juega imitando las faenas que realizan los mayores: ara, arrea "animales"-que pueden estar representados por piedras o insectos-y los encierra en "corrales" tosca o primorosamente construídos de quijarros o trozos de barro seco; "construye" casas, acueductos, hornos, molinos. En la hacienda "Huayu Huayu". del Distrito de Huanipaca, un niño menor que yo, que tenía entonces 13 años me tomó de "ayudante" y, en varios días, abrimos un acueducto que bajaba desde una acequia de la huerta de la hacienda, por la ladera, salvando "quebradas" y "rios", por puentes hecho de teja o de hojas de maguey; construímos una caida de agua, bien canalizada y un molino de piedra! El pequeño fabricó la bóveda, luego, la piedra solera y la voladora del molino, hizo la rueda y su eje, hasta el dado sobre el cual se apoyaría el eje; fijó las piedras exactamente como en un molino verdadero. Soltó el agua; seguimos la corriente hasta que llegó al canal de "fuerza"; se precipitó y golpeó en las cucharas de la rueda, bajo la bóveda, salpicó agua y el molino dió vueltas muy rápidas entre las paredes de la

"fábrica". Contemplé el juguete asombrado y con un regocijo que colmaba el mundo y lo contagiaba. Don Manuel María, el viejo patrón, que no me estimaba porque me consideraba un "ocioso imaginativo", descubrió el molino en la tarde del mismo día en que lo habíamos inaugurado; destruyó los delicados acueductos, la caída de agua, la piedra solera y la voladora, la bóveda de cuyo interior las cucharas de la rueda lanzaban chorritos de agua, los derrumbó con los pies, machucándo todo con los tacos y la planta de los zapatos, no sin antes haber contemplado sonriente e irónico ese "curioso adefesio". Yo quedé herido para siempre contra ese viejo avaro; el niño indígena corrió hasta el pie de un gran árbol de chirimoya, se acurrucó allí e hizo cuanto le era posible por parecer que no existía. Yo estaba llorando a torrentes cuando el viejo demonio se fue. El niño ni siquiera volvió la cabeza para mirarme. Corrió delante del patrón, cuando éste se dirigió hacia la puerta de la gran huerta, y desapareció. No quiso volver después a la casa hacienda; se escondía de mí. A los pocos días concluyó el turno de trabajo del padre, que era siervo de la hacienda, y se fue con él. Me pareció que no sufría sino que estaba sumamente atemorizado.

Los juegos del niño indio de las comunidades muy aisladas y monolingües constituyen no sólo un medio de entrenamiento biológico sino social y práctico. Son parte de la educación, pues-

to que todo el proceso de ella es irregular, aún cuando concurra a la escuela, porque la escuela oficial prepara para otra clase de vida que la que habrá de llevar en su medio social nativo.

Pero también la tradición está cambiando en este aspecto de la vida en las comunidades actuales. El claustro de la casta ha empezado a ser quebrantado, especialmente en las comunidades con tierras suficientes. En ellas, los indios jóvenes se convierten en un nuevo tipo de mestizos, a los que la antropología denomina cholos. No se han desarraigado del todo de su cultura nativa ni han aprendido lo suficiente de la cultura urbana moderna de tipo occidental. Pero construyen escuelas febrilmente, tratan de aprender a leer y hablar el castellano. Como en el caso, tan someramente analizado, de las creencias religiosas y mágicas, el niño indio participa de los juegos "escolares" (corros, "mundo", futbol, etc.) y practicando los antiguos. Se prepara para adaptarse a un medio en que el conflicto entre lo nativo y lo "moderno" se irá haciendo cada vez más agudo. No podemos prever todavía bien, pues no hemos estudiado suficientemente ni siquiera la propia cultura peruana actual, cómo se desencadenará el conflicto ni en qué dirección. Pero el inevitable y necesario conflicto, la insurgencia de la gran masa indíge-

na se ha iniciado, se ha puesto en marcha. Pensamos que será para bien del país, para enriquecer su capital humano. El niño indio es quien más padece el conflicto; y las contrapuestas fuerzas que ahora lo sacuden, quizá puedan dar lugar a la formación de un hombre cargado de tremenda energía para la creación y la renovación.

DIVULGACION

SERVICIOS DEL CONSEJO NACIONAL DE MENORES

Siendo evidente la necesidad de que se conozcan los servicios que el Consejo Nacional de Menores presta a la sociedad, agregamos a la Serie "El Niño en el Perú", artículos de información, que en este volumen tratará sobre el Servicio de:

LIBERTAD VIGILADA.-

Es el amparo y guía que el Consejo Nacional de Menores ofrece a niños y jóvenes que hayan cometido algún acto considerado como delito, o se encuentren en peligro moral.

Este servicio procura la solución del mayor número de problemas que el menor debe afrontar, en lo que se refiere a su estabilidad psicológica moral, y económica. Asimismo, es un medio de aconsejamiento y orientación respecto al menor frente a la escuela.

Es un tratamiento en medio abierto; es decir, el menor no es, en ningún caso, internado en una institución que podría exponerlo a riesgos de



que ayudan a aclarar conceptos, demostrándole la importancia de esta actividad

-Solución de Problemas.- El Delegado Oficial de Libertad Vigilada proporciona su experiencia y conocimientos para facilitar la solución de problemas, tanto del menor como de su familia, orientando o realizando gestiones personales y llevando el caso, cuando es necesario, a profesionales o personas especializadas: médicos, abogados, sacerdotes, psicólogos, etc.

Qué se logra ?-

- Entendimiento con el menor
- Identificación con sus problemas
- El descubrimiento de valores morales
- Su mejor comportamiento dentro y fuera de su hogar
- El encuentro de un camino que lo llevará a ser un ciudadano útil a la sociedad.

INTEGRANTES DEL CONSEJO NACIONAL DE MENORES

Presidente:	Dr. Javier de Belaúnde Ruiz de Somocurcio Ministro de Justicia y Culto
Vice-Presidente:	Dr. Ernesto Vivanco Mujica, Magistrado de la Corte Suprema
MIEMBROS :	Dr. Eduardo Guillén Ovalle, Representante del Ministro de Salud Pública y Asistencia Social.
	Dr. Manuel Velazco Clark, Representante del Ministro de Educación Pública.
	Dra. Elsa Salazar Villar, Representante del Ministro de Trabajo y Comunidades.
	Dr. Rolando Mantero Fetzer, Juez de Menores Decano de Lima.
	Sr. Carlos Velarde Cabello, Presidente de la Beneficencia Pública de Lima.
	Dr. Jorge Avendaño Hubner, Delegado de la Academia Nacional de Medicina
	Dra. Esperanza Valdez de Del Busto, Delegado del Colegio de Abogados de Lima.
	Sra. Rosa Rodrigo de Raffo, Delegado de Institu ciones Privadas de protección al menor.
	Sra. Agueda Hornes de Vargas, Delegado de Ins tituciones Privadas de protección al menor.
	Dr. Carlos Castillo Ríos, Secretario General, ele gido por concurso de acuerdo al artículo 5° del Código de Menores.

La edita el Consejo Nacional de Menores para su distribución
gratuita. Dirige la colección, su Secretario General Dr.
Carlos Castillo Ríos, la supervisa el Sr. Pablo Solsol,
Encargado de Publicaciones. La labor tipográfica
está encomendada a la Srta. Alicia Chang. El
trabajo en Rotaprint al Sr. Máximo Cruza-
do, la encuadernación al Sr. Oswaldo
Medina y la distribución al Sr.
Alfredo Rodriguez T.



JOSE MARIA ARGUEDAS. nació en Andahuaylas (Apurimac) en 1911. De él se dice que primero habló el quechua y después aprendió el castellano, cuando se quiere dar explicación a la belleza natural y fluída de su prosa. A su manera de animar y dar vida a las cosas.

Cuatro novelas y muchos cuentos le han puesto en lugar privilegiado entre los escritores contemporáneos de América. Su nombre, hartamente conocido, honra cualquier colección. En la actualidad es profesor de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Agraria. Es, además, doctor en Letras en la Especialidad de Antropología.

EDITADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE MENORES
DISTRIBUCION GRATUITA